APÉNDICE.

APÉNDICE.

I. UN ARGUMENTO BÍBLICO.

Felix qui potuit rerum
cognoscere causas.
VIRGILIO.

UN crítico erudito pretende sostener que mi relato de la temprana historia de la tierra, se encuentra en lucha abierta con el Génesis. ¿Y por qué? Porque el Génesis declara que el mundo fué hecho en *seis días*, mientras por otra parte postula la ciencia *largas edades*, durante las cuales el orbe fundido iba perdiendo gradualmente su calor intenso por medio de radiación en el espacio, y enfriándose para venir á formar habitación adecuada al hombre, etc.

Contestación.—Esta dificultad es tan solo aparente y no real. Se halla basada enteramen-

te, como ya lo hemos hecho notar en la página 15, en una traducción errónea de la palabra hebrea "yôm".

Que la ciencia requiere edades prolongadas para la formación de la tierra, es cosa sobre la que hay muy poca duda. Según Sir Charles Lyell, han transcurrido ya 240.000,000 de años desde que se formaron las rocas indubitablemente fosilíferas. Charles Darwin atribuye más de 300.000,000 de años tan solo á las rocas terciarias; mientras por otra parte el profesor Haughton ha pensado que la duración completa de la época geológica puede representarse por cosa de unos 200.000,000 de años. He aquí "tres cómputos independientes el uno del otro, de *tres autoridades de las más competentes*". Hasta aquí las opiniones de los geólogos. Los físicos, que basan sus cálculos en otro terreno, vienen á dar á muy diversa conclusión. Sostienen que es imposible ir más allá de 50.000,000 de años. Sería á un tiempo más dilatado para que el agua pudiese existir en la tierra, y por lo tanto rocas ningunas estratificadas acuosas podían formarse anteriores á aquel período. Se rehusan aun á conceder unos 100.000,000 de años, de tal suerte que no hay aquí aquello de la Ciencia *versus*. Las Escrituras, sino más bien

la Ciencia *versus*, la Ciencia! En otras palabras, nos encontramos con los físicos contradiciendo á los geólogos.

Podía argüirse que tiempo sobrado hay para calentarse la cabeza con el supuesto conflicto de la Ciencia con las Escrituras, una vez que los hombres de ciencia vengan entre sí á algún común acuerdo. Pero la verdad es que no existe un conflicto verdadero entre la Geología y la Biblia, sobre este mismo punto, por la sencilla razón de que el *Día* del Génesis no es el *Día* de veinticuatro horas, de nosotros conocido. Escuchad las palabras del padre J. Zahm:

"Como todo lector de la Biblia bien lo sabe, hay en ella muchos pasajes en el Antiguo Testamento, sin decir del Nuevo, en los que la palabra hebrea *yôm*—ó *día*—significa un *período indeterminado* de tiempo. En realidad, puede uno ir á dar con un ejemplo que sorprenda por su semejanza en punto, sin salirse fuera de la narración Mosaica de la creación. En el Génesis, II. 4, leemos las palabras: *Estos son los orígenes del cielo y de la tierra, cuando fueron* criados en *el DIA en que hizo el Señor Dios el cielo y la tierra*. Aquí la palabra DIA, obviamente significa, no un día ordinario, sino un *perío-*

do de tiempo indefinido. Y, de nuevo, como bien hace observar el Abate Vigouroux, Moisés se vió obligado á emplear la palabra *yôm*—día—para significar período ó época, puesto que no hay una voz especial en hebreo para expresar esta idea. Este hecho, en general desconocido, merece una muy seria consideración.... En las lenguas modernas tenemos la palabra *día* que es distinta de la palabra *época*, mientras que en el hebreo no hay sino una sola expresión para esas dos ideas». (*)

Si por otro lado venimos á consultar el *Biblical Thesaurus* por el Muy Rev. J. Hellmuth, Rector del Colegio Huron, London, Canadá, encontraremos la misma opinión confirmada. Cuando aquélla no es empleada en conjunción con, ó en contraste con, la palabra *noche*, con frecuencia quiere decir simplemente un *período*, y puede (dícenos) traducirse: «una duración de tiempo indefinido». CF.: Génesis. VI. 5: Deuteronemio XXXII. 35: Isaías. II. 12: XIII. 6 y 9: XXII. 5: XXXIV. 8: Job XXXVIII. 23: etc., etc. Cuando ocurre la palabra al final del mismo verso, el autor hace referencia á explicaciones previas, viz. «Tiempo», Sección de Tiempo, «Período».

(*) Véase la *Biblia, Ciencia y la Fe*, por el Rev. J. Zahm, C. S. C. página 94. A. D. 1894.

Paul Schanz, profesor de la Universidad de Tübingen, asienta cosa semejante. «Por vía de explicación, *yôm* querrá decir (a) día como cosa opuesta de la noche, ó (b) día y noche juntos, ó (c) tiempo igual en general». (Véase la traducción de: «Una Apología Cristiana», vol. I, p. 353, versión de Glancey y de Schobel.) Pero sería cansado multiplicar autoridades.

II. OTRAS DIFICULTADES DIVERSAS.

Las dificultades restantes refiérense á otro departamento distinto de investigación humana, así es que mejor será darlas con las palabras textuales del impugnador: «Sacamos de la fisiología, escribe un socio del Real Colegio de Cirujanos de Edimburgo y cuyo nombre no me es dado mencionar, y sabemos que entre otras funciones la del cerebro posee las del discernimiento, la del conocimiento interior, la memoria, etc.»

Contestación 1.—A este aserto de introducción tan solo haré la observación que el discernimiento, el conocimiento interior y la memoria, etc., son tan, pero no más funciones del cerebro, que lo son la concepción, composición y escritura de este artículo para la prensa, funciones de la pluma que al efecto tengo entre los dedos. Tal como estamos ahora constituidos,

la pluma es *condición* necesaria para la escritura de una carta, y el cerebro para pensar y juzgar, pero es preciso no confundir las cosas, ni tampoco elevar una simple "condición al rango de una causa".

Continúa diciendo: "Tanto cuanto que el cuerpo se mantiene en condición normal, la destrucción gradual de sus celdillas componentes va acompañada por la formación de celdillas nuevas que tienen que desempeñar y llevar adelante la obra de sus predecesoras".

Contestación 2.—Sin duda; así como la corrosidad gradual de la punta de acero de mi pluma demanda la substitución de otra, si es que deseo continuar la labor de escribir.

Objeción.—"En lo que concierne al cerebro, las celdillas, antes de gastarse, tienen que impartir á las sucesoras aquellas mismas funciones que ellas mismas recibieron, y entre aquéllas tenemos á la que llamamos la memoria. Por este medio el *cerebrum* de hoy recibe el conocimiento *concienzudo* de precedentes cambios materiales y de sensaciones, y se encuentra en aptitud de transmitirlo, junto con experiencia propia, al cerebro de tiempo venidero, siempre que el órgano quede en estado normal".

Contestación 3.—No hay más pensamiento

ó conciencia en el cerebro ó en cualquiera otra parte del cerebro simplemente físico, de lo que hay visión en un microscopio ó música en una corneta-pistón. Por de contado que yo no puedo (tal como estoy ahora constituido) ejercitar el pensamiento ó la conciencia sin el instrumento del cerebro, como tampoco podría yo quedarme contemplando las travesuras de un *amibia* sin un lente de aumento, ó hacer sonar una tocata de trompas sin una corneta; ¡pero seguramente que el hombre y su instrumento no son precisamente una y la misma cosa! La causa eficiente de una tocata de trompas lo viene á ser el músico, cuyos labios están en la corneta; la trompeta es tan solo una condición indispensable. Y, así, de una manera análoga, la causa eficiente del sentimiento de la conciencia lo es el alma, siendo el cerebro, tan solo, una condición indispensable.

"F. R. C. S. E." pasa en seguida á objetar: La patología confirma lo que la fisiología enseña tocante á la memoria. Tomad, por ejemplo, aquella enfermedad conocida como parálisis general del demente. Con ésta, el paciente falla frecuentemente en reconocer su propia individualidad. Uno de estos casos creerá que es rey, otro que posee riquezas ilimitadas, etc.

Contestación 4.—Tocante á esto observaría yo que no hay omisión aquí para reconocer uno su propia identificación, que es el punto único de interés. El hombre aquel que se cree ser rey, piensa aún en sí mismo como de sí mismo sólo en diversa posición. Se imagina á sí mismo—el mismo que siempre ha conocido—ser un rey. No es la persona, sino la posición, de lo que se persuade ha cambiado. Es, en realidad, algo muy análogo á lo que ocurre en sueños; v. g.: Me imagino yo que tengo puesta una casaca encarnada de cazador y que voy siguiendo una partida de perros de caza, ó bien que estoy mandando un barco en una tempestad en la mar, ó que soy un rey presidiendo un gran *levèe* ó día de corte. Puedo yo en mis sueños cambiar mi profesión ú ocupación mil veces, pero en ninguno de aquellos casos hay cambio de persona, sino tan solo cambio de posición. Ya bien sea como cazador, capitán ó rey, siempre en mí reconozco al agente. No hay tal cosa como la pérdida del sentido de la personalidad, ó si la hubiere, queda aún por probarse. Pero dejemos que hable de nuevo nuestro crítico.

Objeción.—"El examen *post mortem* del cerebro revela enfermedades de un género que

bien explican aquella confusión en las ideas. Tan solo reconocemos nuestra individualidad siempre que nuestro cerebro lo permita. (Sería mas exacto decir "siempre que no nos lo *impida* el cerebro".) Pudiera ser que se nos imposibilite hacerlo así, ya bien por causa de enfermedad marcada de aquel órgano, ó por medio de los cambios que consigo trae el decaemiento senil y por lo tanto, etc.

Contestación 5.—El valor de las observaciones precedentes, en tanto cuanto afectan mi contienda, son *nulas*. Pues sería equivalente á decir que un músico, que había ejecutado una sonata difícil con imperfección en el órgano, había motivado después un examen del instrumento. Encontróse entonces que varios de los tubos musicales se habían torcido, que los fuelles se habían hecho pedazos y que los pedales no querían funcionar, "lo que explicaría aquella confusión" de sonidos. ¿Pero acaso esto hace innecesaria en lo absoluto la necesidad del músico? ¿Convierte á un agente inteligente en cosa superflua? Esta es la única cuestión de importancia. Un cerebro trastornado intervendrá con la harmonía del pensamiento, en el caso del alma, por la sencilla razón de que el alma se ve obligada, en esta vida, á hacer uso

de aquel instrumento, y muy parecido á lo mismo que un instrumento desvencijado, órgano descompuesto intervendrá con la harmonía del sonido, en el caso del organista, por la sencilla razón de que en él tiene que tocar. Si se arguye, el por qué un cerebro enfermizo interviene con la claridad del pensamiento, de por consiguiente el pensamiento está en el cerebro, en el sentido de que agente alguno espiritual y pensador *distinto al cerebro* es necesario; entonces, para ser lógico tiénese de argüir que, porque un *harmonium* desvencijado interviene con la interpretación exacta de la sonata, por lo tanto el poder de la concepción musical, composición y ejecución se hallan en el instrumento, y que inteligencia alguna competente y musical, *distinta de la del harmonium*, es indispensable, lo que á mí me parece menos que razonable.

Objeción.—F. R. C. S. E. vuelve de nuevo á tomar el hilo: «Hice hoy la prueba de aplicar los razonamientos de usted á un caso que se me presentó. Ocurrió que fuí llamado para aplicar el cloroformo con motivo de una operación. Antes de dar principio á la anestesia, hice preguntas al paciente tocantes á una enfermedad que hacía muchos años había te-

nido. Al reconocer ó darse cuenta así de su existencia en años pasados, usted, padre Vaughan, vendrá á decir que con ello probaba la existencia ó presencia de su alma, y por medio del alma estaba reconociendo su individualidad. De pronto concedí este argumento con el propósito de ver cómo podía funcionar. Después de haberle estado aplicando el cloroformo por espacio de dos minutos, llamando al paciente por su nombre, le hice una pregunta sencilla tocante á su historia pasada. La respuesta que recibí fué un tartamudeo de palabras ininteligibles. (Lo que, permítame que observe, hubiera sido caso igual si el hombre aquel con *cerebro perfectamente sano*, hubiese estado medio dormido. Pero sigamos escuchando.) Transcurrieron unos cinco minutos y aquél quedaba completamente bajo el dominio del anestésico, y en total apariencia perfectamente inconsciente de su propia identidad. Ahora, puesto que estaba vivo, su alma estaba presente, y, sin embargo, no tenía conocimiento de su propia existencia (¿Cómo sabemos eso?) Si antes de que yo comenzase á cloroformar, era su alma la que daba conocimiento de su vida pasada, entonces, pues, creo tan solo razonable decir, que cuando perdió toda la identidad de sí